

n modo
, centro
sorpren-
urde tras
uy gran-
, y aún
la chali-
todo lo
n el sor-
corte en
ño... Y
tos, dis-
arganta,
cudiese

hice en
cecido,
palabra
elos el
óbrego,
a, es un
. No se
el Con-
zca una
s veces,
s, y yo,
del pre-
s de la
rase en
n espe-
tes, re-
nos en-
ideadas
la gota
ngreso
gigiente,
lelantos

s tienen
los de-
pasan
o para
de flo-
mano

imonio
que no
Ved el
dustria
castizo
multipli-
s: a los
s, jara-
s, par-
en esas
torios,
de ser,
en un
dad de
os pri-

erar la
medio
el bra-
que es
nos en
perte-
al que

activo
pasan
bieras
es de
antas;
án en
do de
os, ce-
ho cu-
ciones
ngina,
traños
mano,
eles...
ad de
scrita;
e y se
pensa-
onfort
ña de
ón de
án.

lo escénico de estas lides, tome actitudes desprovistas de *chic*.

Una de las operaciones difíciles para el jefe de un partido, es colocarse por encima—y á veces por fuera—de ese partido, en el sentido gregario de la palabra. Silvela, aquel ático y refinado D. Francisco Silvela, supo perfectamente practicar la suma elegancia de la distanciamiento, que eleva la política á la altura de la estética... ¡Lástima que Moret, tan artista, no esté persuadido de que la gallardía del gesto es lo primero!

Y á decir verdad, lo que puede haber de personal en ciertos litigios, es artístico velarlo; que ni se sospeche... ¿Por qué, durante la guerra que ha terminado, hemos sufrido estremecimientos profundos, ráfagas de entusiasmo hermoso? Porque sabíamos que, diariamente, muchos españoles despreciaban su vida, y no sólo su vida, sino, silenciosos, su propia gloria, en aras de una idea... Porque nadie exigía á gritos la merecida recompensa, nadie se quejaba de las penalidades; porque todos aceptaban el capricho y hasta la injusticia de la suerte... Eso era lo más bello, entre tantas cosas bellas como sentíamos... Vibrantes aún de estas emociones, ¿qué efecto nos han de hacer los personalismos de los políticos? Que el uno cae, que el otro sube... Bueno. El caso es que de todo ello salga algo favorable á España. Lo demás... son espumarajos de superficie, y el soplo del viento los deshace.

Nada de esto se interprete en el sentido de que yo soy partidaria ó adversaria de *estos* ó de *los otros*. No habría cosa más distinta de la verdad. En el terreno particular, todos ó casi todos los políticos me parecen muy bien, agradabilísimos, listísimos, personas de atractivo trato, lo cual sin duda se debe á que ni tienen la rigidez de los estudiosos, ni la soberbia de los plutócratas y magnates, ni la excesiva familiaridad de otras clases que confunden la llaneza con la ordinareiz. Yo además, y hace ya mucho tiempo que emití con gran resonancia esta opinión, creo que entre los políticos hay mayoría de hombres de bien. He contado entre mis amigos á D. Antonio Cánovas, á Emilio Castelar, á D. Francisco Silvela, á D. Raimundo Fernández Villaverde, y cuento, por fortuna, á D. José Canalejas, D. Segismundo Moret, D. Antonio Maura, D. Eduardo Dato; y por no alargar la lista, á la plana mayor sin distinción de colores. Me dan el mejor rato cuando me conceden un instante de charla, y saboreo el jugo de su conocimiento de la vida y la sal de su experiencia, debida al manejo de los hombres. ¿Quién ignora que D. Antonio era sumamente gracioso y epigramático, de donaires proverbiales? Castelar, últimamente, brillaba más como *causeur* que había brillado como orador. Silvela tenía una conversación entre grave y picante, de las más entretenidas. Canalejas dice cosas muy nobles, calurosamente expresadas. Romanones es juvenil como un estudiante y vivo como un andaluz. Maura persuade; Moret es un *charmeur*. En fin, por algo, y no en balde, han sobresalido y se han colocado al frente estos hombres. A mí me tiene sin cuidado la etiqueta que estos políticos llevan en la frente. Obras son amores. Juzgo sus actos por el grado de utilidad que reportan, no á sus partidos, sino á España. Y este criterio es el único que cabe aplicar.

Ya sé que la gente no lo aplica. Aquí las cuestiones son de partido, de cotarro, de bandería, de tertulia—rarísima vez de patriotismo.—Así presenciamos espectáculos tan curiosos como el de la identificación de las ideas liberales con los intereses de los taberneros y los revendedores. Si desear que la vida en Madrid y en el resto de nuestra patria se moralice y se higienice; que las tabernas y los cafés no consuman el jornal que el obrero debe dedicar á su familia; que no se explote al público de los teatros, en combinación con la Empresa; que no se insulte en la calle á la mujer, es ser muy reaccionario, yo me declaro más allá de Calomarde. Y si fuese ser reaccionario ver con asco las láminas y fotografías indecentes, el tráfico de «postales transparentes» y otros excesos, que tienden á reblandecer la medula y á preparar la criminalidad, todo ello sin la excusa ó justificación del arte; también gritaré que ¡vivan las cadenas! Porque yo quisiera que la gente española se criase fuerte y sana, que se respetase la pureza de los niños, que se prolongase su adolescencia, que la mujer fuese sagrada, que se combatiese la blasfemia y el lenguaje brutal, que la raza, no propensa á la embriaguez, se salvase del alcoholismo; quisiera que la ley se venerase y las costumbres se elevasen á altura civilizadora. Si para tales fines hay que resucitar á Torquemada, resucite enhorabuena. No en vano dijo un filósofo de la sociología que no hay sino *estados de cultura*, y lo demás es paja.

Tal vez se le da á un país gato por liebre al hacer-

le creer que las libertades políticas importan más que la cultura, que el bienestar, que la tranquilidad, que las prosperidades y fuerzas nacionales. Cuando pienso en las épocas que han transcurrido, pareceme discernir en todas ellas el influjo de algún error colectivo, que ha desviado de su cauce la historia. Estos errores seculares se ven bien á distancia, y explican las decadencias. Pero los errores contemporáneos no son tan visibles, ó al menos no los nota sino un corto número de individuos. Me figuro que soy del número. Si es ilusión, no veo por qué habría de perderla.

El error de mi época, ó mejor dicho, la maraña de errores de mi época, en materia histórica, no es cosa exclusivamente española: en todas las naciones europeas existe difundido el mismo espíritu; lo que sucede es que los países menos fuertes, como los organismos debilitados y empobrecidos, ofrecen menor resistencia al mal. España, enflaquecida por errores que aquí no han de recontarse, quedó inerme contra los actuales y contemporáneos. No hay opinión ni reflexión en la multitud, y los políticos de oficio tienen el campo libre para crear sus neoplasmas, sus tejidos anormales, sobre el tejido normal y viviente de la realidad oscura y muda, sobre el proceso orgánico que debiera desenvolverse felizmente, según la naturaleza.

El error común más peligroso en el momento actual es, á mi ver, la idea de que el liberalismo en el gobierno es la disminución de la autoridad.

No se necesita encarecer cuán fatales consecuencias acarrearía esta concepción falsa. Cuanto más liberal es un gobierno, más necesita basarse en el principio de autoridad. La libertad, ó no es nada, ó es la fórmula suprema del derecho, un concepto jurídico, que supone la sanción. Los gobiernos realmente liberales deben ser los más severos, los más varoniles, los más inflexibles.

Hemos visto recientemente, en una joven República, cosmopolita, modernísima en todo, floreciente, rica, magnífica—la Argentina, para decirlo de una vez,—aplicadas con estricto rigor, del cual aquí ni tenemos idea, las medidas de represión contra los sospechosos políticos, no autores, sino simpatizadores en el asesinato del ministro de policía. La joven República se ha dado cuenta de que la estabilidad social es el cimiento de la libertad. Declame un argentino, ajeno á la política: «Hemos hecho obra grande, hemos creado una civilización floreciente, estamos creando riqueza por medio del trabajo y de actividades lícitas, y no tenemos maldita la gana de que vengan cuatro locos ó cuatro malvados á destruirlo todo en un instante.» Y otro argentino, ilustre orador, declaraba: «En eso no transigimos.»

Los partidos liberales, en España, vienen—lo dicen los propios liberales con franqueza más frecuente de lo que se cree—sufriendo una crisis de disgregación atomística. No se oye sino que están «hechos cisco», «hechos polvo», «destrozados», «partidos por gala en seis» y otras frases, que expresan la misma idea de disolución. Es un mal terrible, no sólo para ellos mismos—sumergidos por la marea radical,—sino para el país, que ha menester solidez, una marcha segura. Y sospecho que la culpa la tiene ese error, esa confusión lamentable entre las ideas y principios y los procedimientos, la suposición de que un partido liberal, en el poder, representa la blandura, la concesión perpetua, el gobierno en zapatillas, las vueltas y revueltas de la ardilla en el ramaje. El hombre que sepa, dentro de un sentido progresivo, conservar la noción de la autoridad, será el hombre de España. Pero ¿existe ese fénix?

Otro error pueril es figurarse que un gobierno viene para deshacer cuanto hizo el gobierno que le precedió. No cabe que sus predecesores se hayan equivocado en todo. Ese tejer y destejer continuo es de las mayores causas de nuestro atraso. Las Penélopes nos traen locos. Como herido que levanta sin cesar el apósito, no damos á nuestros traumatismos tiempo de cicatrizar. No sabemos si es buena una disposición, sin esperar á que produzca frutos y arraigue en la costumbre. Una vez sembrado, hay que dejar que germine la semilla. España es como un hipódromo, cuyo suelo, incesantemente pisoteado en mil direcciones opuestas, se vuelve seco y estéril.

¿Qué les importa esto á la inmensa mayoría de los políticos, en quienes se advierte tan marcado el alarmante síntoma de la disminución del sentimiento patrio, como se nota en los enfermos de la medula la insensibilidad de diversas partes del organismo? ¿La patria? ¡Bah! El caso es encasillar, encasillar... Y lo demás que lo resuelva la casualidad, nuestra ama, señora y Musa.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por una vez, charlemos un poco de política, de esta política menuda, completamente extraña á los intereses de la inmensa masa que se agita ó dormita á distancia inconmensurable del Congreso y sus polvorientos pasillos, de las antecámaras de los ministerios, de las redacciones de los periódicos y hasta de los *meetings* y manifestaciones—á no ser que figure en tales asambleas entre la comparsa curiosa, que va allí «á ver qué ocurre» y á distraerse con el espectáculo gratuito.—El país, en el sentido hondo de la palabra, necesita pan y torreznos, mucho más que cabildos, chismorreos y cuentas de agravios, enfados y piques de los primates. Y sin embargo, terminada la guerra (ese momento, como dijo bien Galdós, de mayor espiritualidad para un pueblo), han resurgido las disputas bizantinas, semejantes al quinteto de los judíos de *Salomé*, en su plenitud de insignificancia y de ergotismo.

Hay en todas estas incidencias algo que sería muy difícil explicarle á un extranjero, y hasta á un español, si fuesen personas ajenas á combinaciones y telecursos misteriosos. La crisis y el cambio de gobierno, esencialmente, ¿qué han sido? El paso de una situación liberal á otra más acentuadamente liberal todavía, y por lo tanto, parece que no hay motivo para que los liberales se quejen y pongan en el cielo el grito: «¿Qué quedará?», diremos empleando un chulismo madrileño.

Yo me coloco en el lugar de mi ilustre amigo y Presidente en el Ateneo D. Segismundo Moret y Prndergast. Yo creo en la sinceridad con que este elocuentísimo orador profesa los principios que toda la vida le han servido de bandera. Sin embargo (es una suposición), puede ocurrir que Moret, por unas ó otras razones, largas de analizar, no haya dado á su programa todo el vuelo que puede darle Canalejas, que personifica la extrema izquierda. Y admitidos estos antecedentes, creo que Moret debiera, por dos conceptos, alegrarse muchísimo de pasarle á Canalejas el cucurucho encendido. Concepto primero: porque siendo todo el mundo más radical en pensamiento que en acción, el que hace lo que nosotros no nos atrevimos á hacer nos complace, de fijo. El segundo, porque si Canalejas se estrella en lo que no quiso realizar D. Segismundo, D. Segismundo quedará acreditado de muy práctico y prudente, y un día ú otro vendrá al poder revestido de prestigios mayores. De modo que el ideal y el egoísmo aconsejaban á Moret—yo al menos me lo figuro—recibir como un favor de la suerte la subida de D. José, y adoptar una postura olímpica al felicitarle deseándole muy buena brega y la oreja del toro.

No ha sido así como Moret afrontó la crisis que le aleja temporalmente del poder. Yo no puedo menos de imaginar que no es el mismo D. Segismundo, sino tal vez sus amigos, la causa de que hombre tan naturalmente elegante en su oratoria, tan avezado á